

ESTE DIARIO

SE PUBLICA

POR SU TIPOGRAFIA A VAPOR

Calle del Cerrito 84

EL BIEN PÚBLICO

DIARIO DE LA MAÑANA

SUSCRICION

Por un mes \$ 1 50
Un número del día \$ 0 10
Un número atrasado \$ 0 20

REDACCION Y ADMINISTRACION, CERRITO 84

DIRECTOR—JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

AVISOS Y SOLICITADAS HASTA LAS 6 DE LA TARDE

Almanaque

Jués 2 Los Santos Angeles Custodios.
Luna llena a las 5.32 de la mañana.
El sol sale a las 5.51; se pone a las 6.9.

EL BIEN PÚBLICO

MONTEVIDEO, OCTUBRE 2 DE 1879.

Las repúblicas Sud-Americanas

II

Córtanos ayer este artículo para continuarlo hoy. Ayer nos limitamos a señalar, junto con el motivo de nuestros disturbios interiores, la causal general de nuestros conflictos internacionales, que son nuestros pleitos sobre límites. En efecto, la medianería y siempre la medianería ha sido la fuente de sangre de los conflictos de nuestras repúblicas hispano-americanas.

Y lo será siempre, por desgracia, mientras en nuestras repúblicas miremos por un lado con culpable, con inculcable indiferencia las unas los conflictos de las otras, y por otro lado no hagamos nada por dar a los principios internacionales que nos rigen un cuerpo más o menos concreto de doctrina.

El Perú ha trabajado bastante en este sentido, mirando como cuestión de alta importancia la necesidad de que la América pare mientes en su equilibrio político y de que se establezca un Congreso americano.

Pero las demás repúblicas, bien por indolencia, bien por ignorancia de sus propias conveniencias, bien porque al elevarse ciertos principios a la categoría de jurisprudencia internacional americana, habrían visto correr el velo de sus designios ocultos, de sus ambiciosos y absorbentes propósitos, han dejado pasar, han dejado hacer al Perú en tan plausible propósito de ligar algo más a las secciones de nuestra América con principios fijos que garanticen recíprocamente el interés común de las repúblicas americanas.

Pero no hay mucho que decir para comprender fácilmente que una política internacional de tan altas y estensas miras, vá a herir directamente el corazón de aquellas potencias americanas que quisieran borrar sus límites, por la razón o la fuerza, para avanzarlos sobre el territorio de los vecinos.

También la república de Méjico hizo en América y en tiempo atrás la misma propaganda de unión y fraternidad americana que el Perú; envió sus diplomáticos con tal motivo a diferentes naciones americanas, y habría tal vez dado cima a tan elevado proceder si no hubiera tenido en Chile el valladar contra el que escollaron sus propósitos.

La inoportunidad, la ineficacia, la deficiencia de esos propósitos, fueron las razones que se le adujeron en Chile al Ministro mejicano, que regresó a su patria tanto más desalentado con ellas, cuanto creyó que la altura, la conveniencia resaltante del objeto de su misión hallarían eco fácil en las demás repúblicas. Su desaliento lo comunicó a su gobierno.

Así fracasó el proyecto grandioso de vincular los intereses americanos con una ley común, y un Congreso americano destinado a ser el instrumento de esa ley.

Pero ya que la distancia moral y la indolencia que separa a estas repúblicas es tan grande que empieza a relegar a la categoría de lo utópico semejantes miras, creemos que a lo menos deberíamos despertar del sueño de egoísmo en que yacían para proteger siquiera dentro y fuera de la esfera de sus intereses propios y exclusivos, la adopción y protección a lo menos moral de ciertos principios fundamentales y salvadores de la independencia de las naciones americanas, que la doctrina del *uti possidetis*, que ha producido los más beneficiosos resultados.

Ella há evitado, en efecto, sangrientas y costosas guerras, toda vez que, en caso de poder entenderse por avenimiento directo de las partes contendientes o al menos rivales, se ha apelado al arbitraje.

Y por cierto que ninguna doctrina puede haber más justa y equitativa que

la del *uti possidetis*, adoptada universalmente en el derecho civil, que es en otros términos la del *primer ocupante*, si bien restringida por otros principios como el de la *prescripción* etc.

Y así como en el derecho civil tiene tal doctrina sus límites, debe tenerlos también en el derecho internacional.

Así, la aplicación del *uti possidetis* está y debe estar sujeta a ciertas limitaciones.

En primer lugar, solo puede servir de regla para los países que como colonias pertenecieron a la misma metrópoli, y por lo tanto no podría servir para zanjar, por ejemplo, cuestiones entre el Imperio del Brasil y las repúblicas hispano-americanas, que son sus vecinas.

En segundo lugar los límites del *uti possidetis* de 1810, pueden ser alterados, y lo han sido, en efecto, por el consentimiento posterior de los países interesados, consentimiento expresado en actos solemnes, y muy especialmente en tratados celebrados *ad-hoc* así mismo como en el derecho civil, los contratos mas solemnes y mas irrevocables, como el de la *transacción* por ejemplo, sufren escepción en el *mutuo consentimiento* de los estipulantes.

Todo tratado de límites concluido, es una prenda solemne de paz y de armonía, y debe ser estimado como un triunfo de la razón, de los sentimientos fraternales y sobre todo de un orden de cosas que tiene la garantía y la fuerza legal en pueblos que proceden de un mismo origen, de la misma manera que entre los particulares tienen las transacciones por objeto *correr los litigios habidos y prevenir los que pudieran sobrevenir*, siendo ellas en todo caso una ley para los contratantes.

Y tan es una ley inamovible un *tratado de límites*, fuera del consentimiento de las partes contratantes, que es considerado por la jurisprudencia universal como un acto sinálgmático.

Ni su misma infracción puede quitarle su fuerza de ley.

Ni la guerra es bastante a derogarlo, para poder sustituir con otros derechos distintos de aquellos que el tratado de límites confiere a los pueblos que lo estipularon.

Es inamovible, ese respeto debido a la inamovibilidad de los *tratados de límites*, nos hace pensar que jamás deberían ellos contener cláusulas que se opongan concurrentes al objeto que se propone.

¿Quién no comprende la irregularidad y peligro que ello encierra?

El tratado de límites de 1874 celebrado entre Bolivia y Chile adolece de este defecto.

En la fijación de límites se interpusieron estipulaciones accesorias, franquicias comerciales y exenciones exorbitantes.

En la irregularidad, en la verdadera mezcla de ese tratado, la parte relativa a límites es la principal, y la referente a las exenciones de derechos aduaneros es lo accesorio, lo secundario, lo accidental.

La infracción de las estipulaciones de esta segunda clase, no pueden destruir un tratado de límites por la sola voluntad de la parte que quiera, cuando mejor le convenga, llamarse a ofendida.

Una práctica contraria a la que venimos esponsiendo sería funesta.

Podría ella dar lugar a que un gobierno ambicioso rompiera la fe jurada y se lanzara intrépido en el camino de las *reivindicaciones*.

Y esto amaga las bases de la moralidad en que debe reposar el derecho público sud-americano.

Y cuando ese amago se presente no pueden las repúblicas americanas permanecer indiferentes ni tranquilas.

Lo que hoy sucede en una nación, puede mañana acontecer con otra.

Todas las naciones están amenazadas de semejantes eventualidades, y mucho mas después de lanzado el ejemplo a la faz de la América, y mucho mas aun para aquellas que tienen la desdicha, la inmensa desdicha de deslindar con potencias avasalladoras por su carácter político.

Es materia ésta de interés continental.

Los que hoy día son meros espectadores

de avances sofisticos sobre el derecho ajeno podrían mañana ser actores, en las complicadas evoluciones que reserva el porvenir.

He ahí por qué la causa ajena, en tal manera, es y debe ser mirada como propia.

Si hoy damos las espaldas a la justicia, mañana pueden darnosla a nosotros.

El egoísmo no espere cosechar beneficios.

Y para que no se duela de la paternidad de estas ideas, ya que la paternidad no es investigable segun nuestra afanosa jurisprudencia civil, nos apresuramos a exhibirla con nuestra firma y contra nuestra costumbre.

Joaquín Lemoine.

REVISTA DE LA PRENSA

La *Colonia Española* recoge los juicios emitidos por los diarios respecto del paseo campestre que la colonia española, pueblo, tuvo el pasado domingo en los discretos parajes del Prado. Cada representante de la prensa trajo de ellos algún encomio y alguna flor que regalar al recuerdo de ese festival, llano fraternal y esportivo, y el colega se encargó de formar con ellas una especie de florón al tributar cuanto se dijo en las columnas de preferencia de su diario.

La *Nación* publica el discurso que pronunció el Sr. Artagaveytia en el acto de recibirse como miembro de la Comisión de Tenedores de Deuda Pública. Ofreció dar contestación a los artículos que vieron la luz pública de los Sres. Montarroy y Ramírez con motivo del artículo de redacción de este diario titulado *Historia de un pleito*, advirtiéndole que su demora en dar dicha contestación fué ocasionada por la enfermedad del redactor encargado de ella.

Sin embargo, y por encargo de éste, su compañero de redacción se anticipa a hacer en su nombre algunas aclaraciones sentando desde luego el hecho de que no se trató, al tocar la historia del pleito citado, de injuriar ninguna personalidad.

Aconseja al Gobierno en otro artículo que al proceder a rebajar el impuesto de faros como lo tiene meditado y que será tan de provechoso resultado, piense en la utilidad que habría en dejar subsistente una parte del impuesto que se va a rebajar, para aplicarlo al salvaje de los buques en general.

De los ocho centésimos que se dice que el Gobierno piensa rebajar, podría reducirlos seis por tonelada, y dejar los dos centésimos para que sean aplicados a la empresa del salvaje.

Cita una larga serie de ejemplos por los cuales se ve los gastos enormes que los buques tienen que hacer para su salvamento y saca por consecuencia que el insignificante impuesto de dos centavos los libera de fuertes erogaciones.

Signo dando a luz la controversia que el señor Baurá ha entablado con el señor J. C. Gomez.

Bajo el título de *Rectificación*, el *Siglo* afirma que el no acompañar en sus ideas al señor Gomez; pero que no le acompaña por lo que ve que no son ellas del agrado del pueblo Oriental, lo que equivale a decir tácitamente lo contrario de lo que afirma. Dice, después que ninguna de las Legislaturas, que no sea la que trató de la independencia del Uruguay en 1825, ha vuelto a motivar este asunto, y termina haciendo una apostrofe de la honradez del Sr. Gomez y declarando injustos a los que le salieron.

Clama *l' Era Italiana* porque se acepte y estudie uno de los tantos proyectos que se han presentado para dotar de un puerto a Montevideo que ofrezca un anclaje seguro y cómodo para el embarco y desembarco, condición indispensable e ineludible para un comercio activo y vasto. Montevideo ocupa una situación privilegiada, y que no se sabe aprovecharla para elevar el rol de emporio comercial de la América del Sur.

Las facciones y proporciones de *La Reforma* han crecido para darle los aires de la edad madura. Así nos lo anuncia y así lo vemos, y como promete tratar de cuanto humanamente puede tratarse en beneficio del país, es natural suponer que la muela del juicio lo salió conjuntamente y muy vecina de los incisivos, para incardiar en el Banco Nacional al que considera *La Reforma* por lo visto un *pie de banco*.

Se ocupa favorablemente del proyecto del Sr. Artagaveytia de refundir todas las deudas internas en títulos al portador bajo la denominación de *Fondos Uruguayos*, que pueden cotizarse en las Bolsas de Londres y París. Reconoce que este error lo ha perdido su tiempo al viajar por el viejo mundo y que su competencia e ilustración viene a emplearlas en favor del país.

En otro artículo, esto es, en un artículo cortísimo, esto de breves proporciones y largo en buenas intenciones y propósitos, habla de ciertas administraciones que no llaman como debieran a licitación a las empresas tipográficas cuando se trata de dar a la estampa alguna obra, sino que conceden el trabajo a las empresas que merecen su favor, como si se

trata de invertir fondos propios y no comunes de que ellos son simples administradores. Concluye diciendo que no deben existir mas que hijos y no entendedos.

El *Diario del Comercio* examina también el proyecto del señor Artagaveytia y hace algunas observaciones sobre él. Cree que la unificación del título es una condición indispensable de la operación. La diversidad entre el tipo de renta y el de amortización pueden perjudicar la operación en sus resultados o favorecerlos en perjuicio de los nuevos a colocar.

Las ventajas que ven en esta operación es que se devuelven al país grandes capitales que entraron en la circulación y servirán para los fines.

El *Ferro-Carril* toma pretexto en el telegrama dirigido por el ministro del ramo a la Comisión de Agricultura de Paysandú, estimulándola a realizar la idea de una exposición agrícola, para aplaudir este poderoso agente de la industria.

Confiesa que nuestro pueblo, dados los elementos con que actualmente cuenta, debe dedicarse al pastoreo, lo mas grande e indispensable riqueza nacional, pero que eso no es parte para que desatenda otro género de industria, la agrícola en este caso, que si bien le halla emborronada hasta la fecha, puede adquirir por medio del estudio que ella se refiere, un desarrollo completo.

En un segundo editorial prohija los reclamos de los propietarios de embarcaciones, a cuyo tipo, contra los privilegios concedidos a los vapores de carga.

Tratando el *Telegrafo Marítimo* del proyecto del Sr. Artagaveytia, unificación de deudas, del cual se ocupó ayer el *Diario del Comercio*, pide que el punto a discutirse a este propósito debe ser la forma de hacer practicable la transferencia de esos créditos a los mercados del exterior, de manera que no se viole lo pactado el 20 de Febrero del corriente año.

Una lección de tolerancia

CARTA DEL R. P. MORTARA

En la Cámara de Versalles un diputado radical, Madier de Montjan, había pronunciado algunas palabras referentes a la conversión del *niño Mortara* para reprobar a los que la habían aplaudido. Ahora el *niño Mortara* convertido en el R. P. Mortara, Canónigo Regular de S. Juan de Letran, responde al señor Madier de Montjan con la siguiente carta que tomamos de los diarios franceses:

Paris, 10 de Julio de 1879.

Señor Diputado:
He leído en el discurso que habéis pronunciado en la Cámara de Diputados en la sesión del 7 de Julio estas palabras que me han causado un profundo dolor.

« Cuando los héroes de los que han destruido el culto pagano, con los decretos que concuerdan, hablan de la libertad de los padres de familia y piden la tolerancia, esos que aplauden la conversión del *niño Mortara*, nosotros tenemos el derecho de decirles con Danton, finalmente tanta impudencia como *muerte a fugitivos* ».

Vuestros palabras, señor diputado, me traen a la memoria el grito de alarma dado por Julio Simon en 1873 aproposito de la libertad de conciencia.

« ¿Y el pequeño Mortara? ¿Y bien? es el mismo Mortara, *niño o joven*, como queráis, que se permite decirnos que no seas más feliz que vuestro predecesor. Sería ya tiempo de comprender todo lo que hay de ridículo en evocar, venga o no al caso, la memoria de esta vieja polémica, a la cual está unido mi nombre. Yo me limitaría a reirme de todo eso, si vuestros palabras no presentasen un lado serio. Ante lo, si hubierais querido consultar la historia, habríais tal vez notado que no soy un joven convertido. Batizado a la edad de dos años en *la Iglesia*, yo pertenecía a la Iglesia que tenía el derecho y el deber de darme una instrucción conforme al bautismo que había recibido, y que vos osáis ultrajar. No quiero aquí alegar las razones, que vendrían ciertamente a quitar los perjuicios contrarios tanto al sobrenatural como al buen sentido. Sé además que la *teología* del partido a que pertenecéis, es de no tener alianza, y de combatir la Iglesia, por la misma razón, como lo decís en vuestro discurso, porque la Iglesia posee la potencia del dogma y de la moral. Si, señor, esta potencia existe y es formidable y acabará por vencer la vuestra. Por lo demás vuestra actitud de frente a la Iglesia, me da el derecho de constatar esta incompetencia que os hace llorar el culto pagano. Lo que no sufrí, señor, es que abuséis de mi nombre en esta guerra ultrajante declarada a la Iglesia. Lo que no sufrí es que califiquéis de impudentes a los católicos que después de haber aplaudido mi supuesta conversión, reclaman al menos una parte de esa libertad que confiscáis toda entera en provecho del Estado.

Jon, cerré cuidadosamente la puerta, y rompí la noma de la carta que en mi mano tenía, y que como todas las dirigidas a la princesa por el marqués Adelardi, y entre otras cosas leyó lo siguiente:

« En fin, creo poderos decir con certeza que podéis estar tranquila sobre la más terrible de las eventualidades. El extremado rigor de la ley sólo caerá sobre cuatro o cinco de los jefes reconocidos de la conspiración; los demás, en cuyo número se cuenta Jorge, sufrirán indudablemente una terrible, mas no peligrosa, darna por los contenidos de no verlo sujeto a la más espantosa. Digo, no sé, querida y desgraciada amiga, por que en cuanto a él, temo el efecto que semejante sentencia le producirá, y estoy persuadido de que la mirará como una vez peor que la otra. Desde mi última carta, gracias a la intervención de un embajador, he obtenido el favor de entrar en la fortaleza donde se halla preso Jorge, y de hablar con él sin testigos. Le he ofrecido el perdón si revoca algunas de sus complicaciones, pero se ha negado a ello, lo cual no debo sorprenderme. Los numerosos pruebas de sus criminales proyectos que le han manifestado con el fin de arrancarle declaraciones, le han hecho ver claro la clase de empresa a que se dejó. Arrastrar comprometido irreflexivamente su honor y su vida, y el efecto de todo descubierto ha sido sumirlo en el mas sombrío abatimiento, y he querido salvar la muerte. Ha merecido por mi culpa, Adelardi, me dice, y tenéis razón en quererme que esa reflexión halla tiene de consoladora en un extremo como un consuelo abito de desesperación. ¡La vida! La vida de Jorge! El tiempo era suyo. Empezó de nuevo a esperar todo del porvenir, y recibió una tranquilidad comparativa que hacia mucho no disfrutaba. Aquella noche pudo levantarse: habló con

el extraño profeta el de confiscar la libertad en nombre de la libertad misma!

Verdaderamente, señor, se requiere impudencia para arrojar al rostro de los católicos una acusación semejante, en el mismo discurso en que haciendo un llamado a las pasiones innobles de sus masas abandonadas a la Iglesia entra a un ostracismo inculcable.

Por lo que a mí se refiere, señor, os declaro que soy católico por principios, y por convicción, pronto a responder a los ataques y a defender, aun a costa de mi sangre, esta Iglesia que combatió, esta Iglesia que ha salvado mi alma, os declaro que vuestras palabras ofenden mi honor y mi conciencia y que ellas me obligan a protestar públicamente.

Se reconocerá, espero, que se necesita una singular audacia para osar destruir en Francia el ejercicio de la libertad individual la mas sagrada, y tratar de impudentes a los católicos que la aprueban, en el mismo momento en que os hacéis el campeón de un despotismo sin nombre y el patrocinador de ciertas leyes que se refirán a la destrucción de toda libertad y la profanación odiosa de los derechos mas augustos de los padres de familia.

Que otros os aplaudan, señor, por mi parte os complacezco, y si puedo aseguráros algo, es aquella conversión que me reprocháis y ponéis al público desprecio.

Aceptad, señor diputado, la distinta consideración con la que tengo el honor de ser vuestro humilísimo servidor.

P. E. Mortara.

REPUBLICA ARGENTINA

Los restos de Olavarría y Suarez—Recibimiento—Obsequios—Discursos—Incidente parlamentario—Consecuencias—Revolución en Jujuy—Telegramas.

De la Última hora de *El Nacional* tomamos todos los interesantes datos que da respecto al entierro de los restos de Olavarría y Suarez.

Dicen así:

Ha sido imponente hoy el acto de recepción de los restos de los ilustres héroes de la independencia, Coronel Suarez y Olavarría. La cañonera *Paraná* llegó a balizas exteriores a las ocho de la mañana. Desde su salida de Montevideo, había hecho un disparo de cañón cada diez minutos.

El vapor *Argentino* que desde temprano estaba allí, debía traer los restos a nuestro puerto. A las diez de la mañana, se encontraba reunida una multitud de gente en el muelle de pasajeros, paseo de Julio y corredores de la Capitanía.

La bandera nacional estaba a media hasta en todos los edificios públicos así como en los buques de la armada Nacional.

La formación de las fuerzas nacionales de guarnición, ocupaban desde la esquina de la calle de Corrientes hasta la de Rivadavia y se componían de los siguientes cuerpos:

1.º El batallón 8 de línea, 2.º el 11 de línea, 3.º el alumnado del Colegio Militar, 4.º el escuadrón de artillería con sus piezas y la Escuela de Tiro.

A fin de guardar el orden, se había enviado un piquete de vijantes a caballo. Estaban también el jefe de policía y el comisario de Ordenes.

Las andas en que debía ser conducida la urna, es un hermoso pabellón, adornado con varias banderas y con cuatro escudos en las esquinas con las siguientes inscripciones:

Junio—Itazuingo—Chacabuco—Maipú

Diez boques, perfectamente dispuestos agarraban al vapor *Argentino* en la punta del muelle.

El *Argentino* llegó a las diez y media. Fué bajada la urna por la comisión compuesta de los coroneles Levalle, Escala y García y acompañada de los 25 alumnos del Colegio Militar que habían ido a recibir los restos.

Una guardia de cincuenta marineros hizo los honores correspondientes en aquel momento. A las once y cinco minutos se pusieron en movimiento los que conducían la urna.

Asistían muchos generales y jefes de la Independencia, y otros muchos.

Asistieron muchos generales y militares de alta graduación.

Estaban las comisiones de las Cámaras Nacionales y Provinciales, que componían los señores Darco Rocha, Bartolomé Mitre, Enrique B. Moreno, Vicente Villamayor, Félix Frías, Gerónimo Rodríguez, Vicente P. Penla, Ruperto San Martín, Aristóbulo Del Valle, Exequiel Poreyra, Miguel Goyena y otros.

Los coroneles de los Andes, eran llevados por algunos venerables y distinguidos generales.

Los restos estaban guardados en una preciosa urna de caoba, sobre la que estaban colocadas hermosas coronas de oro, regaladas por la juventud argentina.

Como mil estudiantes seguían en el acompañamiento, colocados en hileras de ocho y diez y en mucho orden.

El carro fúnebre es espléndido. Tiene encima un precioso escudo argentino y lo adornan algunas banderas.

El carro es conducido por seis caballos, a cuyo lado de los cuales está un palafrenero. En sus menores detalles es muy hermoso.

Al salir la urna del muelle de pasajeros, las banderas empezaron a tocar marchas fúnebres y las armas fueron puestas a la funeral.

En preciso pasar en Siberia lavada de los penados, no sé a que excesos me arrastraría la desesperación. Por esto creo que será preciso mas precauciones para hacerle saber la comunión de su pena, que a otros para comunicarle la última. Espero entretanto poderle ver tanta vez. He sabido al propio tiempo con tanta admiración como sorpresa, que otros condenados a la misma pena que él, tendrán un consuelo imprevisto e inesperado. Sus mujeres, sus admirables y heroicas mujeres han podido participar de su suero, y en el momento en que se espanta, varias de ellas se desahogan en bellas, jóvenes y elegantes, se disponen a seguir a sus esposos como a una especie de noviciado a los rigores de la Siberia. Retos infelices son degradados de su nobleza, privados de sus bienes, despojados de todo el mundo, pero nadie puede arrebatarnos una ternura, cuya noble fidelidad de nada se espanta. Confiamos que me siento avergonzado y confuso, pero reconozco que hasta este momento no habia comprendido ni siquiera el concepto del heroísmo y la generosidad que encierra el corazón de las mujeres.

El de Florángel palpita de un modo que no pudo contener la lectura. Con los ojos bañados en lágrimas lea y relea la página que hemos copiado, cuando llegaran a advertir que la princesa estaba desahogada y preguntaba si había carta. Hacia algunos días que se había apoderado de su imaginación el terror de recibir la noticia mas fatal, y a veces sufría aceros de delirio; así fué que al leer la carta anterior, experimentó un consuelo abito e inesperado. ¡La vida! La vida de Jorge! El tiempo era suyo. Empezó de nuevo a esperar todo del porvenir, y recibió una tranquilidad comparativa que hacia mucho no disfrutaba. Aquella noche pudo levantarse: habló con

el aspecto del puerto en ese momento era imponente.

Habia mas de diez mil almas. A las 11.30 el acompañamiento se puso en marcha por el Paseo de Julio hasta la calle Rivadavia y por allí hasta la Catedral.

Allí se ha levantado un magnífico catafalco. El interior del templo está todo entelado.

A las 2.12 de la tarde llega al Cementerio el inmenso cortejo. Puede calcularse en 20,000 el número de personas que se aglomeran sobre la Recoleta y sus avenidas. Aquello es un océano de gentes humanas, con sus oleadas y vaivenes formidables.

Concluida la ceremonia religiosa que es de practica en toda inhumación, son depositados en el lugar destinado los gloriosos restos de los guerreros.

He aquí el discurso que pronunció en aquel acto el Presidente de la República.

Señores:
He ahí los despojos mortales de los coroneles Olavarría y Suarez que vienen después de ser recibidos en la Catedral, para ser depositados en la Patria. La Nación agradece la ha abierto para ellos esta tumba ya a cubrir con inscripciones gloriosas que llevarán su nombre.

Repitamos ahora las evocaciones de la coronación antigua, y golpeando el cabezal de fierro que sirve de almohada a los dos héroes, los llamemos por un momento a la vida recordando sus hazañas.

Es rudo a la verdad este oficio del soldado y se halla sometido a las mas trágicas vicisitudes. Una sola perdida postra una víctima ilustre y a la que no buscabamos. Se muere en una avanzada bajo el brazo de un enemigo desconocido. El polvo de las batallas envuelve a los combatientes y tantos perecen en sus entresueños sangrientos, sin que un rayo de luz evoque sobre sus armaduras, venga a ilustrar su oscuro sacrificio.

Vedlo—Olavarría y Suarez habían combatido con suerte y valentía durante dos años. Partieron del Plata—habían traspasado los Andes, surcado el Océano Pacífico, recorriendo como guerreros la mitad de la América, sin encontrar todavía los campos de batalla donde debían conquistar una fama imperecedera.

Pero el día anhelado y la batalla prometida por fin. He ahí la batalla de Junín y el día 6 de Agosto de 1824, que serán recordados por la América independiente, mientras los labiten hombres libres.

La batalla se encuentra perdida—El general Necoechea ha recibido siete heridas—Olavarría es prisionero—El general Miller retrocede, cuando de pronto se presenta sobre la retaguardia del enemigo el Comandante Suarez con sus huiras. Es como la aparición de Desaix en Marango. Suarez cambia con su presencia la fortuna de la jornada y la derrota es convertida en victoria.

Ahi está Bolívar que asocia a la magnitud de los acontecimientos la pompa oriental de sus palabras. Oe llamémos en adelante los Hazaños de Junín, diez dirigidos al Rejimiento que Suarez comandaba y la disciere en la orden del día los honores del triunfo. Los nombres de Suarez y Olavarría quedan así inscriptos en esta página eterna de la historia de la América.

La batalla de Ayacucho sobrevino. La victoria vuelve a designar a Suarez y Olavarría entre sus primeros campeones y merced a ellos, el nombre argentino que los dos representantes, quedó ligado para siempre a las batallas inmortales de Junín y Ayacucho, que sellaron la independencia americana.

Los coroneles Olavarría y Suarez solo volvieron a la Patria, cuando no quedaba flotando al viento bajo este cielo de la América una sola bandera española. La guerra del Brasil los llama pronto a nuevos combates, y el boletín de Itazuingo los nombra entre los vencedores.

Los años pasan y Olavarría y Suarez dejan por segunda vez su patria, no ya como guerreros sino como proscriptos—y esta ausencia fué la última.

Cuando después de las guerras de la Independencia, hubieron tambien terminado los combates por la libertad, los dos grandes soldados se volvieron sus miradas por todos los horizontes, y no alabaron ni alabaron el campo de batalla donde pudieron brillar sus espadas, fueron jóvenes todavía a acostarse tranquilamente y para siempre sobre sus escudos de armas. ¡Para qué querían la vida sin la gloria que fué su aliento!

¡Hoy la sola urna que recogió sus cenizas. La muerte los envolvió en los pliegues del mismo sudario, como la victoria los había iluminado con el mismo rayo de luz en los campos de Junín y Ayacucho, fraternidad gloriosa, mística y profunda, que se proyecta hasta nosotros, saliendo del combate donde los dos héroes de armas mezclaron su sangre, reap

